

Frente a la noche carente de sueños*

RESUMEN

El poder renovador de la palabra es puesto de relieve en el texto a partir del caso paradigmático de Paul Celan y su experiencia durante la barbarie nazi. En efecto, se sostiene que ante los abusos del poder y el triunfo de los extremismos, el lenguaje se erige como un arma incorruptible para rescatar la vida siempre fresca y plena de incertidumbre; una vida contraria al anquilosamiento del totalitarismo y que aunque contradictoria, siempre lleva el germen de la verdad. La responsabilidad del escritor es en este sentido un apostolado irrenunciable. Tal afirmación cobra una pertinencia especial cuando se piensa en el contexto colombiano y la necesidad de revitalizar un lenguaje amenazado por la guerra.

PALABRAS CLAVE: literatura, Paul Celan, Jean Améry, totalitarismo, Colombia.

ABSTRACT

FACED WITH A SLEEPLESS NIGHT

The renewing power of words is placed into relief in the text based on the paradigmatic case of Paul Celan and his experience during the Nazi atrocities. It maintains that faced with abuses of power and the triumph of extremism, language rises up as an incorruptible weapon to revindicate life that is fresh and full of uncertainty; life that is contrary to the annihilation of totalitarianism and that, although it is contradictory, always carries the seed of truth. In this sense, the writer's responsibility is an ineludible apostolate. This statement becomes especially relevant when considering the Colombian context and the need to revitalize language threatened by war.

KEYWORDS: literature, Paul Celan, Jean Améry, totalitarianism, Colombia

EL AUTOR:

Sociólogo Ph.D. de la Universidad de Cornell. Profesor Asociado de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Novelista autor de *El rumor del astracán*.

E-mail:
azbiblio@cable.net.co

* Ponencia para la mesa redonda sobre "El oficio del escritor", presentada en las *Primeras Jornadas de Literatura y Escritura Iberoamericana*, en homenaje a R. H. Moreno-Durán. Universidad Nacional de Colombia, abril 18 y 19 de 2005.

En últimas, el oficio del escritor radica en buscar que de las palabras de siempre surjan sentidos recónditos y en lo posible renueven sus significados. Y pocos países necesitan esta posibilidad con más urgencia que Colombia, porque quizás esta esquina del continente suramericano viene a ser el lugar donde la palabra más se ultraja, tergiversa y desgasta, ya que se lastima a diario con la retórica del poder y la guerra.

Se ha vuelto común la frase de que la primera víctima de toda guerra es la verdad. Y le corresponde a la literatura la búsqueda de resonancias novedosas y opciones para que las voces gastadas por los usos y abusos del poder vuelvan a encontrar su lozanía. Ante la violencia indiscriminada y la guerra fratricida que nos envuelve, la lengua es otra de sus tantas víctimas. El filósofo francés Jean Améry, quien pasó la Segunda Guerra Mundial en un campo de concentración, nos dice: "La palabra siempre muere cuando se impone una realidad total. Murió para nosotros por largo tiempo. Y ni siquiera nos quedó la sensación de que lamentábamos su partida".

Son muchas las voces lastimadas y que resultan empañadas en Colombia. Y a pesar de no ser el momento para elaborar una lista y analizar con ustedes cuáles han perdido ya su sentido, quiero darles un ejemplo y referirme a la palabra *paz*, ya que es tal vez la más trillada, la más pronunciada y vilipendiada y que pasa de boca en boca por cada uno de los políticos de turno. La palabra *paz* sufre la desgracia de usarse como sinónimo de *guerra*: se nos repite

a diario que la guerra es la paz. Y si nos detenemos a pensar, no hay mayor sinsentido. También se dice que la paz es sinónimo de justicia y que no importan las injusticias que se hayan cometido, si al final alcanzamos este noble propósito, como si la injusticia no sembrara a su vez la violencia del mañana. Y reflexionando sobre la justicia, recuerdo la máxima del poeta Paul Celan, que afirmaba: “Es inútil hablar de justicia hasta que el más grande de los barcos de guerra no se haya estrellado contra la frente de un ahogado”.

En fin, ante el desgaste y los contrasentidos que padecen las palabras, y en particular la pobre *paz*, sólo se termina por deseárselo que descanse en paz, mientras encontramos otra mejor o que la realidad logre conferirle su verdadero significado.

Son muchas las palabras laceradas por su uso vacuo y mentiroso. Por lo general somos indiferentes y no consideramos que al ultrajarse el idioma, éste se afecta y termina por ser víctima de los eufemismos que suplantán sus sentidos.

De ahí que la responsabilidad del escritor en nuestra sociedad sea cada vez mayor, ya que está obligado a reencontrar los sentidos extraviados y vigorizarlos, y esto sólo se consigue cuando no se le hacen concesiones al texto ni venias al poder. Como bien lo afirmó Albert Camus: “El escritor no puede estar al servicio de aquellos que forjan la historia, sino de los que la padecen”. Y quizás sea ésta la actitud que señala el rumbo que le permite cumplir con el compromiso fundamental de su oficio: resarcir la palabra.

El escritor debe estar al lado de aquellos a quienes no se los quiere escuchar, y no porque no tengan voz, sino porque se los silencia con los altoparlantes del poder (dicho sea de paso, los primeros que hicieron uso de este horrible aparato fueron los nazis, y no creo que fuera una casualidad).

La literatura colombiana se enfrenta al reto de darle un nuevo hálito a un idioma mancillado por la retórica de unas clases dirigentes descarnadas e insensibles. Éste es un país que ni siquiera es capaz de admitir que vive sumido en una guerra civil; una guerra por tierras y por el dominio de unas regiones, que padece hace más de cincuenta años y que se esconde bajo el nebuloso calificativo de “la violencia” y ahora, con el de “terrorismo”. Es un país empecinado en negar su compleja realidad estructural. Por ello, el papel que asumen la poesía y la literatura en revelar, develar, mostrar el lado oculto, aquello que no se quiere decir o que se esconde, termina por ser vital para la sociedad. La literatura, en la verdad



de sus mentiras, despoja de sus velos al lenguaje y busca que las palabras puedan darle una vuelta al espíritu, esa vuelta que el arte fomenta para ayudarnos a hallar los caminos que nos permiten encontrarnos con nosotros mismos. Esa vuelta que, en últimas, es una especie de retorno al hogar.

El poeta Paul Celan usaba la palabra *atemwende* para describir ese giro del aliento, para referirse a ese cambio de ruta. La poesía o la prosa –que también puede ser poética– intentan que el lenguaje encuentre los sentidos que las alivian y las curan de los atropellos a que las someten las pretensiones del poder en cualquiera de sus formas. Por ello, el compromiso con la escritura es, ante todo, un pacto con la palabra y con su revitalización.

Susan Sontag hace un par de años vino a la Feria del Libro de Bogotá y en una disertación lúcida señaló que la justicia y la verdad no siempre iban de la mano. Decía la Sontag, con toda sinceridad, que lo ideal era que caminaran juntas, pero no siempre era así. Y que cuando surgía la dicotomía, el escritor estaba obligado a escoger y le correspondía aliarse con la verdad. Nos recordaba que la responsabilidad del escritor está con la verdad, y quizás por eso mismo el artista termina por ser un especialista del descontento. Su descontento marca el reconocimiento de la crisis en que vivimos y sus palabras deben resonar de tal forma que inspiren a otros.

Sin duda, la guerra es una realidad total que afecta a nuestro lenguaje y determina al país y su literatura. Algunos críticos han afirmado que el español, como idioma, también fue víctima de la propaganda y la retórica de la Guerra Civil Española. Afirman que fue gracias al *boom* de los escritores latinoamericanos, durante las décadas de los cincuenta y los sesenta, como la lengua se vigorizó. La búsqueda de la identidad, el reconocimiento del crisol social del continente le confirió al idioma nuevas posibilidades, otros sabores, nuevos aires. Fue en este continente donde el idioma español, frente a las perplejidades de los escritores de este Nuevo Mundo, halló dicho giro, ese hálito del que nos habla Celan.

Y Paul Celan, como poeta, sabía lo que significaba un idioma mancillado, porque después de la Segunda Guerra Mundial, el alemán fue uno de los más agraviados. La propaganda nazi manipuló la lengua de Schiller y Goethe, y fue este poeta quien supo conferirle ese *atemwende*. Nadie como Celan comprendió cómo ese intangible que es el lenguaje es sensible a lastimarse. Y tal vez lo comprendió en toda su dimensión porque cuando lo perdió todo, cuando la guerra lo despojó de toda



pertenencia, lo único que le quedaba, a pesar de las ausencias, era el lenguaje. El alemán, el idioma de sus verdugos, el lenguaje que se había anquilosado con los eslóganes y los clichés del discurso del Tercer Reich, también era el suyo. Y aun cuando Celan hablaba varios idiomas –entre ellos francés, rumano, ruso e inglés, porque fue un reconocido traductor de poetas como Osip Mandelstam, Apollinaire, Shakespeare y Emily Dickinson–, se aferró al alemán, el idioma de sus victimarios, pero que también era su lengua, y lo único que no podían quitarle los perseguidores.

Celan nació en 1920 en Czernowitz, Rumania, cuando ésta pertenecía al Imperio Austro-Húngaro. Sus padres eran judíos alemanes y creció hablando dicho idioma. Como decía, durante la guerra, Celan lo perdió todo. Su madre murió en un campo de exterminio y él tuvo que sobrevivir en un campo de trabajo. Lo único que le quedaba de la cultura con la que había crecido era su lenguaje, el mismo con que se forjó una gran tradición literaria y que también era la lengua en la cual se formularon las grandes preguntas de la filosofía occidental, y con el que surgió el idealismo alemán, el cual, de acuerdo con el filósofo Franz Rosenzweig, marcó la crisis del pensamiento occidental y desembocó en las dos guerras mundiales.

Jean-Paul Sartre, en su autobiografía *Las palabras*, confiesa que demoró treinta años para quitarse de encima la tradición filosófica del idealismo. Jean Améry nos cuenta que no le tomó tanto tiempo. Le bastó ser víctima de la barbarie para que esta visión del mundo entrara en crisis en pocas semanas.

Ahora bien, de acuerdo con Celan, fue ese mismo lenguaje, el lenguaje de los intelectuales, de los grandes filósofos alemanes, el que se encontró ante la falta de respuestas que dejó Auschwitz. Fue ese mismo lenguaje el que, a través de un terrible enmudecimiento, tuvo que pasar por las mil y una tinieblas del discurso asesino. Fue ese mismo lenguaje el que atravesó a Celan y éste nos dice que no tuvo palabras para expresar lo que experimentó; pero el lenguaje lo cruzó, lo recorrió y pudo volver a la luz del día “enriquecido” por lo que había experimentado.

La palabra *experiencia* es curiosa y tal vez valga la pena detenerse por un instante en su etimología. Viene del latín *experiri*, “comprobar, intentar, demostrar”. La raíz de *periri*, también se puede encontrar en *periculum*, “peligro, riesgo”. La raíz indoeuropea es *per* y está relacionada con el concepto de *cruzar*, *recorrer*. Por consiguiente, la experiencia es algo que cruza, recorre y que no se puede separar de los riesgos y peligros que conlleva.

Para Celan, el lenguaje, producto de la experiencia, siempre cruza, está en camino, en busca de algo inmaterial pero terrenal, terres-

tre, algo circular, que vuelve sobre sí mismo a través de ambos polos y a la vez atraviesa incluso sobre los tropos y los trópicos. En otras palabras, un meridiano. La lengua es como un meridiano. Pero, entonces, ¿cuál camino tomar? El propio poeta nos responde dudando. Dice que cuando hablamos de esta manera, estamos siempre preguntando por su “de dónde” y su “hacia dónde”, y son preguntas que quedan abiertas, que no llegan nunca a su fin, que apuntan hacia un espacio abierto, vacío y libre; y estamos afuera, lejos. Por ello, para el poeta todo poema busca también ese lugar indescifrable.

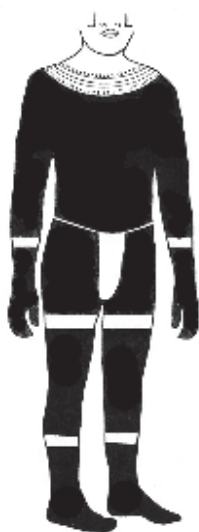
Celan, con su experiencia y mirada, sin duda revitalizó el alemán y lo puso a tartamudear, demostrando que ante su recorrido éste no podía sino dudar, trastabillar de aquí en adelante. Celan como poeta dejó su huella sobre el alemán para siempre. En una entrevista le preguntaron cómo veía la lengua con que escribía, y contestó:

Va por otros caminos que la francesa. Con la más lúgubre memoria, con las más cuestionables circunstancias alrededor, a pesar de tener presente la tradición a la que pertenece, ya no se puede hablar el lenguaje que un oído propenso todavía parece esperar de ella. Su lenguaje se ha vuelto más sobrio, más objetivo, desconfía de “lo bello”, intenta ser veraz. Es, pues, si me permite usar una palabra del campo de lo visual, no perdiendo de vista lo polícromo de lo aparentemente actual, un lenguaje “más gris”, un lenguaje que entre otras cosas también quiere saber su musicalidad asentada en un lugar donde nada tenga en común con aquella “armonía” que, más o menos indiferente, aun consonaba y asonaba con lo más espantoso.

Lo que le interesa a este lenguaje es la precisión, aparte de toda la indispensable variedad de la expresión. No transfigura, no “poetiza”, nombra y denota, intenta medir el campo de lo dado y de lo posible.

Ahora bien, Celan, explica que naturalmente no actúa el lenguaje mismo, el lenguaje sin más, sino a través de un yo, el yo del poeta, que depende de su experiencia, que orienta su perfil. La realidad no está dada, sino que exige que se la busque y reelabore.

La experiencia y el testimonio frente a la barbarie obligan a confrontar su olvido. De ahí que escritores como Jean Améry, Paul Celan, Primo Levi o Imre Kertész, que vivieron esa extrema y singular experiencia del holocausto, consideraron una obligación darle la cara, mirarla de frente, reflexionar sobre ella para combatir su olvido. A Améry le tomó dos décadas poder escribir sobre dicha realidad, y luego se suicidó. Fue su pensar y repensar esa atroz experiencia y su lucha por encontrar el lenguaje para narrarla, lo que lo llevó a componer unos textos tan profundos, tan bellos y desgarradores.



No debe sorprendernos que sea la experiencia frente al sufrimiento lo primero que cuestiona el poder. El escritor Imre Kertész, hablando de las sociedades totalitarias y de la ideología, sostiene que frente a ellas sólo se opone la experiencia humana, de tal modo que la primera medida siempre será intentar desconocerla. La experiencia no hace más que perturbar el aparato ideológico, porque es aquello que siempre se le escapa de las manos y pone obstáculos inesperados a la realización de sus grandes objetivos. Para Kertész, la tarea del arte es oponerse al lenguaje de la ideología, recuperar la capacidad de la imaginación y recordarle al hombre su origen, su verdadera situación y destino humano. La opción del arte sólo puede ser radical. Si el escritor toma en serio su oficio, debe buscar las fuentes de su productividad en la negatividad, en el sufrimiento y en la identificación con quienes sufren.

En Colombia, necesitamos también mirar de frente, verle la cara a nuestra realidad, removerle las máscaras y confiar en el enigma de la literatura y su capacidad de revitalizar las palabras para que nuestros sueños sean posibles.

Para concluir, sólo quiero insistir en que mientras soñemos y recordemos las historias fundamentales, los relatos y los dilemas universales de la condición humana, viviremos más cerca de la literatura. La tragedia no está sólo en la pesadilla en que estamos sumidos,

sino también en el empobrecimiento del lenguaje, que conduce al olvido y nos encamina a la noche carente de sueños.

BIBLIOGRAFÍA

AMÉRY, JEAN. *At the Minds Limits*, Indiana University Press, Bloomington 1980.

CAMUS, ALBERT. *El mito de Sísifo*, Alianza, Madrid 1951.

CELAN, PAUL. *Collected Prose*, The Sheep Meadow Press, Riverdale-on-Hudson 1986.

_____. *Poems of Paul Celan*, Persea Books, Nueva York 1998.

KERTÉSZ, IMRE. *Un instante de silencio en el paredón*, Herder, Barcelona 2002.

LACOUÉ-LABARTHE, PHILIPPE. *Poetry as Experience*, Stanford University Press, Stanford 1986.

LEVI, PRIMO. *Los hundidos y los salvados*, Muchnik Editores, Barcelona 1989.

MATE, REYES. *Por los campos de exterminio*, Anthropos, Barcelona 2003.

ROSENZWEIG, FRANZ. *La estrella de la redención*, Sígueme, Salamanca 1997.

SARTRE, JEAN-PAUL. *The Words*, Fawcett World Library, Greenwich 1964.

VARGAS LLOSA, MARIO. *La verdad de las mentiras*, Seix Barral, Barcelona 1990.

